

Arzobispado de Piura

“Gloria y honor a Dios Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes” (2 Cor, 13, 14). Con este hermoso saludo trinitario, tomado de la segunda carta del apóstol San Pablo a los Corintios, deseo saludarlos a todos ustedes, muy queridos hermanos, en este domingo, Día del Señor, en que celebramos al misterio de los misterios: A la Santísima Trinidad.

Concluidos los tiempos fuertes del Año Litúrgico, a saber, el Adviento, La Navidad, La Cuaresma y la Pascua, la Iglesia, que es Madre y Maestra, ubica esta gran fiesta después de la Solemnidad de Pentecostés, como para que comprendamos que la asombrosa obra de la Creación y la todavía más maravillosa obra de nuestra Redención y permanente Santificación, son obra del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La señal del cristiano es la señal de la cruz, la cual hemos aprendido a hacer desde niños de manos de nuestros padres y abuelos. La hacemos trazándola con la mano sobre la frente y el pecho, mientras pronunciamos las palabras: *“En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*. Si prestamos atención es un solo “Nombre”, porque Dios es uno solo, aunque en Él haya tres Personas distintas.

Por ello en la liturgia de hoy rezamos en el Prefacio de la Misa: *“Al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna Divinidad, adoramos a tres personas distintas, de única naturaleza e iguales en dignidad”*, es decir un solo Dios, no una sola Persona, sino tres Personas distintas en una sola naturaleza. Invocamos a la Trinidad con la señal de la cruz, porque muriendo en ella nuestro Señor Jesucristo manifestó el amor salvífico del Padre a los hombres, amor que es el Espíritu Santo quien procede del Padre y del Hijo, amor que derrama constantemente en nuestros corazones (ver Rom 5, 5).

El misterio de la Santísima Trinidad que hoy celebramos nos introduce en la intimidad misma de Dios. Antes de Cristo, este misterio estaba oculto, escondido. Es un misterio que sobrepasa la capacidad de nuestro entendimiento para poder conocerlo y abarcarlo, lo cual no lo hace irracional sino meta-racional, y por lo tanto no lo hubiéramos conocido si no fuera porque el mismo Dios, Uno y Trino, nos lo ha revelado. Así lo afirma San Pablo: *“Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios”* (1 Cor 2, 10).

El conocimiento de la intimidad de Dios, de su *“misterio escondido desde toda la eternidad”* (ver Col 1, 26), fue revelado al ser humano por la misión del Hijo y del Espíritu Santo. Israel había llegado en su fe al monoteísmo estricto, Dios era para ellos un Dios solitario. En cambio, Cristo nos revela que Dios es comunión de Amor: Tres Personas distintas pero que participan de una misma naturaleza o sustancia, la divina.

Dios no es soledad, nuestro Dios es comunión de Amor, y de un Amor volcado hacia nosotros. Por eso San Juan exclamará emocionado: *“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es Amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él”* (1 Jn 4, 8-9).

Ahora bien, el misterio de la Trinidad no nos ha sido revelado de una manera abstracta, teórica, sino en la Historia de la Salvación, es decir, en la acción salvadora de Dios por nosotros. De esta manera, Dios se manifestó como Padre al entregarnos a su único Hijo: *“Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3, 16). Jesús se manifestó como el Hijo de Dios, obediente en todo al Padre realizando nuestra perfecta reconciliación por su encarnación, muerte y resurrección: *“En Él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia”* (Ef 1, 7). Y el Espíritu Santo se nos manifiesta como nuestro Santificador, es decir, como el que constantemente derrama en nuestras vidas el Amor que Dios nos tiene, suscitando así en nuestros corazones el amor a Dios y a los hermanos: *“Y la esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado”* (Rom 5, 5). Esta acción de la Santísima Trinidad en nuestras vidas es muy bella: Por medio de nuestra fe en Cristo, somos justificados, perdonados, y santificados, y de esta manera, somos unidos a Dios Padre e introducidos en la gran esperanza de la vida eterna, gracias al amor que continuamente derrama el Espíritu Santo en nuestras vidas.

Queridos hermanos: del seno de la Trinidad proceden todos los proyectos de vida y de salvación. En la Trinidad no hay más que Amor, el cual nos ha sido revelado con tanta claridad y generosidad en el misterio de la Cruz de Cristo.

Toda nuestra vida cristiana está marcada por la Trinidad. Hemos sido bautizados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Bautismo nos ha introducido en el misterio de la Trinidad, en la comunión de Amor de las tres Personas divinas. Los demás sacramentos, pero en particular la Eucaristía, nos ayudan a reforzar y nutrir nuestra comunión con la Santísima Trinidad. Si Dios no nos hubiera comunicado su propia vida a través de los sacramentos, no sabríamos qué es el amor verdadero, no tendríamos la experiencia del amor y lo más triste no podríamos vivir e irradiar el amor auténtico.

De la intimidad de Dios, Uno y Trino, fluye el amor que parece hoy en día escasear tanto como las vacunas, el oxígeno y las medicinas para la atención de nuestros enfermos. ¿No será esta la causa de la desunión y de la corrupción entre nosotros? Lamentablemente el Amor verdadero acontece poco hoy en día, pero cuando ocurre es conmovedor, es puro, es hermoso, es fuente de vida que renueva la esperanza, trae luz y consuelo. No es obra del hombre, es don de Dios Trinidad que es el origen y la fuente del Amor. Por eso la necesidad de la oración, de la vida espiritual y sacramental, porque si no estamos en comunión con Dios-Amor, no podremos acoger su Amor e irradiarlo a los demás.

La fiesta de hoy nos invita a superar el falso dualismo entre vida espiritual y vida pastoral. La vida espiritual es ya vida pastoral, y toda correcta acción para que esté vivificada por el Amor Trinitario, debe surgir de la unión con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, para que de esta manera toda nuestra vida sea una liturgia continúa: Oración para la vida y el apostolado, vida y apostolado hechos oración. De otro lado, quien ha tenido una experiencia del Amor, ha tenido un anticipo de la eternidad, pues *“el Amor no tiene fin”* (1 Cor 13, 8), como bien enseña San Pablo en su Himno a la Caridad. Asimismo, no olvidemos que nuestro destino final es la Santísima Trinidad como bellamente lo expresa San Agustín: *“Esta es nuestra completa alegría, no hay otra ulterior: gozar de Dios Trinidad a cuya imagen fuimos creados”* (De Trinitate, 1,8,18).

Queridos hermanos: que la fiesta de la Santísima Trinidad nos haga contemplar el misterio de Dios que incesantemente crea, redime y santifica, siempre con amor y por amor, y que a cada criatura que lo acoge le da la posibilidad de reflejar un rayo de su belleza, bondad y verdad. *“Él desde siempre ha elegido caminar con la humanidad y formar un pueblo que sea bendición para todas las naciones y para cada persona, ninguna excluida. El cristiano no es una persona aislada, pertenece a un pueblo: este pueblo que forma Dios. No se puede ser cristiano sin tal pertenencia y comunión. Nosotros somos pueblo: el Pueblo de Dios. Que la Virgen María nos ayude a cumplir con alegría la misión de testimoniar al mundo, sediento de amor, que el sentido de la vida es precisamente el amor infinito, el amor concreto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”*.¹

¹ S.S. Francisco, *Angelus*, 27-V-2018.

Pidamos a María Santísima, Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa y cooperadora del Espíritu Santo, que la fiesta de hoy nos haga apreciar el don verdaderamente extraordinario de la vida íntima de Dios, Trinidad de personas. Nosotros no sólo tenemos el privilegio de conocer este misterio, sino también de poder participar de él, porque: *“Dios es Amor y quien conserva el Amor permanece en Dios y Dios con Él”* (1 Jn 4, 16).

Que en estas horas difíciles que vive el Perú, tanto por la pandemia como por las reales amenazas a su libertad, unidad y a los derechos fundamentales de todos los peruanos, Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos ayude a preservar nuestra frágil democracia, y con ella la amistad social en el Perú.

**San Miguel de Piura, 30 de mayo de 2021
Solemnidad de la Santísima Trinidad**

**✠ JOSÉ ANTONIO EGUREN ANSELMI, S.C.V.
Arzobispo Metropolitano de Piura**